

tercetos y á las apoyaduras; de apropiarse atrevidamente los consejos ajenos y de repetir los propios; de haber perjudicado al arte del canto escribiéndolo todo, de suerte que el aria tiene siempre la misma igualdad, cantada por cualquiera que sea, y de llevar el compás tan lleno, que no deja lugar á la habilidad y al gusto del cantante. Todo esto encubrió la medianía de los ejecutores, así como el estruendo de la orquesta sofocaba la palabra.

Siguieron sus huellas Coccia, Generali, Vaccai, Pacini, Donizetti, Verdi... y su popularidad fue tal, que toda otra especie de música enmudeció hasta cuando el *Freyschütz* de Weber (1787-1825) despertó las inspiraciones de la antigua escuela germánica, oponiendo á aquel torbellino revuelto y estrepitoso la frescura montañesa. No hubo entonces ciudad ni aldea de Alemania que no deseara haber podido oír aquella música, y todos se inclinaron nuevamente hacia el sentimiento y lo infinito. Rossini, habiéndolo conocido, compuso su *Guillermo Tell* con ideas profundas, con instrumentación estudiada y con calor interno.

En la época de Zeno y Metastasio, la música estaba subordinada aún á la poesía; el lírico cantable se descuidaba en favor del recitado; el canto era lento y se declamaba como en las tragedias griegas, y la orquesta tenía poca parte. Hoy por el contrario, la poesía no es nada, y se la entrega á personas que escriben por oficio y que se sujetan con resignación á las exigencias de un maestro. Bellini, queriendo corregir los excesos dominantes, y no permitir que las notas ahogaran las palabras, lejos de dar la preferencia, como Rossini, á los liberos medianos, los exigía de un interés dramático intenso lo mas posible, con concentraciones sombrías ó con pasiones exaltadas, y con emoción dramática acompañada de ímpetus apasionados, aun cuando menoscabaran el efecto músico. Esto, que á algunos pareció novedad, y fallaron de la misma manera acerca de las interrupciones frecuentes de los motivos, en vez de la repetición insistente y acerca de la breve duración de la melodía, la cual es el alma de la música. Pero Bellini, á fin de curarla, descuidó la orquesta.

Lesueur, Berlioz, y con especialidad la escuela germánica, modificada sobre la italiana, quisieron antemparar los arranques del grande innovador. Meyerbeer en el *Roberto el Diabolo* y en los *Hugonotes*, fundió la música sagrada con la profana; abrazó aun en un vastísimo cuadro todos los géneros del arte, y la expresión sentida de las pasiones y de los caracteres con un lujo de recursos que asombra. El que carece de genio original, combina los méritos de los diversos maestros.

La Alemania ha sido mas fecunda en hábiles ejecutores, en cantantes y en constructores de instrumentos; cada una de sus ciu-

dades posee escuelas de armonía, y lo difícil es de su particular predilección. De las partes aun mas septentrionales vinieron colecciones musicales para baile, como la polonesa, la kracoviana, la mazurca y la polka (1);

(1) Nuestro autor toca ligeramente en el texto lo que se refiere al baile, y á pesar de que es un arte imitativo como la música; no ha fijado su atención sobre el particular; juzgamos, pues, que no desagradará á nuestros lectores que pongamos de manifiesto en esta nota algunas pocas ideas acerca de un objeto que ocupa un lugar distinguido en la civilización moderna.

El baile y la pantomima tienen el mismo punto de relación que la poesía y la prosa, ó mas bien, media entre ellas la misma diferencia que se nota entre la declamación natural y el canto. En fin, el baile, artísticamente considerado, en una pantomima acompañada de la música.

Un baile es un poema y debería tener su representación especial: el baile es una acción puesta en escena é imitada por los movimientos, que suponen el concurso del poeta, del pintor y del mímico. Un recitado puede ser interrumpido por la entonación de una ária, y entonces el oficio de la orquesta es el de suplir la vocalización; se queda á su cargo expresar los afectos é imitar la fuerza de la acción. El poeta con su libreto ha dictado á la orquesta lo que debe pronunciar; el músico lo ha reducido á notas; el pintor á ideando los cuadros, y el mímico, finalmente, ha formado los pasos y los gestos. De aquí se conoce, que si el baile no está escrito como un poema; si el poeta ha organizado mal el discurso; si el pintor no ha combinado cuadros á propósito; si el mímico no lo ha expresado todo con sus movimientos, el conjunto de la acción se evapora y la orquesta tocará, pero no acompañará la imitación de la realidad. La pantomima tiene también sus cores que contribuyen á dar cuerpo á la representación como en la ópera.

Lo que acabamos de esponer nos lleva á la conclusión de que los bailes que no expresan acción, son un conjunto de movimientos convencionales, que se dirigen por el capricho, como todas las danzas de salón, las cuales tienen toda la volubilidad de la moda. Sin embargo, es menester convenir en que estas han perdido paulatinamente, desde mediados del siglo pasado, la poca expresión mímica que se les habia concedido, la cual les daba cierto sosiego de acción que los modernos les han quitado por la fugacidad introducida en los movimientos, los cuales se reducen á saltos y pasos repetidos. Es cierto que el baile, originado tal vez por el amor y la alegría, puede también reducirse en ciertos casos á una serie de movimientos agradables por su simetría, aun cuando no expresen una acción determinada; pero esto mismo tiene sus reglas de proporción, simetría y variedad, cuya carencia le quita todo el mérito. Esto es lo que sucede hoy en todos los países de Europa; así que, los que ejecutan una danza de salón parecen títeres que saltan y giran al rededor, como individuos sobrecojidos de un acceso febril y convulsivo. Los bailes teatrales, que repugnan con sobrada razón á las

y hoy la música está reducida á la escena; la banda militar repite composiciones teatrales, y en las bóvedas sagradas no resuenan mas que instrumentación y arias dramáticas. ¡Qué hermoso campo para el que tenga bastante genio para erigirse en reformador de

conciencias timoratas, tienen mas regularidad y expresan una acción determinada; pero adolecen también de los vicios de la época, porque cuando se separan de la música pierden el prestigio de la acción.

Queremos notar, que el baile como la música y la poesía, aunque con menos intensidad, puede dar fuerza á los efectos del ánimo; y la historia nos brinda con algunos ejemplos sobre el particular. Pirro, rey de Epiro, inventó una especie de baile bélico que llamó *pírrico*, el cual se ejecutaba por hombres armados, era muy apto para excitar el valor, y se hizo célebre en Grecia, por la belleza y armonía del conjunto. Pero el baile merece ser considerado siempre como un objeto de diversion peligrosa para las buenas costumbres, porque está fundado en la voluptuosidad, y no en la inteligencia como la música y la poesía. Estas dos últimas se apoderan del entendimiento y ponen en acción los mas íntimos afectos del alma; pero el baile se refiere directamente á la parte exterior del hombre, y siempre que sus movimientos se escuden, estimulan la imaginación y los deseos propios de nuestra fragilidad. En esta diversion, el entendimiento no puede tener parte sino en la expresión mímica, porque representa un hecho, que á veces es menester estudiarlo, en razón de que los movimientos no tienen la misma claridad que las palabras; pero cuando la acción mímica falta, no queda mas en el baile que la gracia convulsiva de la parte material, la cual excita los placeres corporales, que forman su único objeto, y estos bailes pueden compararse á las danzas que ejecutan en Surat algunas mujeres que se dedican á complacer á los viajeros, escitandoles con sus movimientos corporales. Sin embargo, es menester convenir en que esta diversion bien manejada es una de las que requiere mas arte y hoy á pesar de todos sus vicios, ha llegado á adquirir mucho prestigio y perfección. En tiempos remotos los bailes se reducían á una farsa casi siempre del mal género, y uno de sus principales requisitos eran las máscaras que cubrían el rostro de los actores y ocultaban la expresión significativa de los afectos. Entonces era tambien muy comun que un solo mímico hiciese el papel de tres, cuatro y hasta cinco personajes. En prueba de ello vamos á referir un hecho curioso que nos ha dejado consignado en sus obras Luciano. "Un bárbaro [los griegos antiguos daban este nombre á todos los extranjeros], habiendo visto en Atenas cinco máscaras y otros tantos trajes y uno solo histrión, preguntó en dónde estaban los demas bailarines; pero habiéndosele contestado que todos los cinco papeles se habian confiado á un solo, del bárbaro dijo: "es menester, pues, que un solo cuerpo tenga muchas almas."

Concluiremos finalmente esta nota, con citar una obra enteramente nueva escrita por Mr. Charles Magnin, titulada: "*Histoire des Marion-*

un arte, que invade toda la sociedad con menoscabo de las demas y de alguna cosa que interesa aun mas que ellas! Y ni el sentimiento de los artistas, ni la habilidad de los maestros, y aun menos las virtudes civiles ó públicas, esperen los triunfos que el siglo prodiga exclusivamente á cantantes y bailarines (1). Colmarlos de aplausos, de flores y de oro, está muy bien, porque el siglo sério paga á los que le sirven de diversion, y los taimados recompensan á los que distraen al siglo de sus intereses. Pero cuando se tributan tambien monumentos perennes á un mérito fugaz, hay mucho de que reirse en aquellos países que se enfervorizan con otros entusiasmos, y que á la plenitud de los negocios interponen intervalos de disipación. Los que tan solo sienten que tienen alma en circunstancias teatrales, y para quienes la única ocupación comun y el solo discurso social es el teatro; los á quienes ninguna causa noble ni insigne verdad conmueve, sino tan solo una danza ó un trino; los que pretenden este descanso sin haberse fatigado, esta distracción sin haber pensado, son culpables de insania, de torpeza y hasta de crimen, si pretenden entusiasmarse fijando su atención en otra cosa.

ERUDICION ANTICUARIA.

En el siglo pasado tomaron mejor rumbo las ciencias auxiliares de la historia, y con especialidad en Italia. Los ejercicios vitruvianos de Juan Poleni aclararon la inteligencia del arquitecto latino. Bianconi dictó cartas sobre el Circo Maximo, y otras sobre Celso, siendo mas estravagantes que profundas las razones en que se apoya, pretendiéndolo contemporáneo de Augusto. Monseñor Guarnacci de Volterra, en los *originales itálicos*, se esforzó en probar que Italia ha sido la cuna de la civilización. Pasiandi de Turin, reunió antigüedades cristianas y algunas de Velleja desenterrada á la sazón; promovió la institución de la universidad de Parma y su biblioteca, y escribió la historia de la Orden de Malta. Prestábase merecida atención á las antigüedades sagradas, y publicaban obras sobre este argumento Boldetti,

nettes en Europe depuis l'antiquité jusqu'à nos jours." Paris 1852. En este libro de vasta y peregrina erudición, bajo el modesto título que lleva, se encuentran pormenores preciosos sobre los espectáculos públicos y teatrales, y con especialidad sobre la mímica de todas las épocas y de todos los países; en fin, la obra de este erudito francés puede servir de apéndice, ó mas bien de complemento á la historia teatral.

(Nota del traductor.)

(1) No quedarán en el olvido los nombres de Marchesi, Farinelli, Marini, Lablache, Pacchiariotti, Moriani; y la Grassini, la Catalani, la Pasta, la Malibran, la Alboni, la Frezzolini, la Sontah, Jenny Lind, la Bellington, la Cerito, &c.

Bottari, Mamachi, Buonarroti, Marangoni, Ciampini.

Juan Bautista Passeri trabajó útilmente acerca de las antigüedades etruscas; explicó las tablas Egubinas y también la lengua etrusca; pero se abandonó de vez en cuando á los vuelos de la imaginación. Monseñor Marini dió aclaraciones tocante á los actos de los hermanos Arvalos y de los Papiros, ocupándose en muchos puntos de anticuaria. Mazzochi, de Capua, que mereció el nombre de *portento de erudición*, ilustró el admirable anfiteatro de su patria y un crecido número de otros argumentos; pero en particular las dos tablas heraclensas, y finalmente explicando la Biblia en la universidad de Nápoles, estudió el precioso *Spicilegium biblicum*. Luis Lanzi se ocupó en las cosas etruscas, refiriéndolo todo á orígenes griegos. Demptero había empezado un museo también etrusco, cuando los descubrimientos nuevos suministraron materia para un crecido número de adiciones al senador Felipe Buonarroti. El buen helenista Gori, iniciado por este último en semejante estudio, lo tomó tan á pechos, que todo lo veía en los etruscos, y sacaba de aquellos el origen de las artes y de los hábitos. La anticuaria y la epigrafía le deben mucho: Gori fué auxiliado en sus trabajos por Juan Lami de Valdarno, profundo erudito [1697-1770], y hombre festivo, que en las *Deliciae eruditorum* publicó muchos tesoros de la biblioteca Ricardiana.

El estudio de la antigüedad recibió un fuerte impulso por multiplicados descubrimientos y viajes. Además de Herculano y Pompeya se encontraron en el año de 1752 en una floresta los templos de Pesto; en el año de 1761 las ruinas de Velleja, destruida en el cuarto siglo: príncipes y pontífices desenterraban la quinta Adriana y otros escombros; de Hancarville, Wheeler, Dhoiseul-Gauffier, Spon, Revet, Stuard... revelaban las artes de la Grecia; Chardin, Norden, Pokoke, Niebhuhr las de Arabia, de Egipto y de Palmira.

La anticuaria, habiendo cesado, pues, de ser un objeto de curiosidad ó un campo de pesada erudición y de agudezas hipotéticas, enseñaba á abandonar las observaciones accesorias, que no se derivan de la inspección de los monumentos ni los ilustran, y á no complacerse en las citas acumuladas; y finalmente, uniéndose á la filosofía se constituía en intérprete de las religiones, de la política y de la civilización. Winckelmann, hijo de un zapatero de Brandeburgo, desprovisto de recursos (1717-1768), pero apasionado al estudio, pudo conseguir por último ir á Roma, donde mediante el patrocinio de los cardenales Archinto y Albani se le abrió la senda, que recorrió gloriosamente hasta llegar á la inmortalidad. Dirigió la anticuaria aplicándola á las artes del diseño, y publicó su historia [1764], tomando este nombre en el sentido griego de sistema, y fijándose en la existencia del arte y no en los aconteci-

mientos de los artistas. Merecen ser considerados en su introducción los errores triviales de sus predecesores, las conjeturas temerarias, la falsa creencia, que daba por obras antiguas las recientes, las aserciones fundadas sobre hechos cosidos sin tino, las descripciones hechas mas bien por deleite que por instrucción, las equivocaciones de viajeros fugaces, y últimamente los errores de los dibujantes. Winckelmann (1) lo observó todo con sus propios ojos; y creía que el estudio de la antigüedad era digno tan solo del sabio, cuando se dirigía de modo que refinase el gusto é ilustrase la historia de la huma-

[1] Este ilustre alemán es uno de los escritores cuyas teorías filosóficas y estéticas han dado un nuevo aspecto á las bellas artes. A pesar de sus defectos y de sus errores, nadie puede disputarle el título de precursor de la moderna escuela, que nos ha dado á conocer que lo bello tiene una existencia suya propia y una idealidad, no fugaz y convencional, sino basada en un sentimiento interior propio de la humana inteligencia, y muy distinto del deleite material. Winckelmann es uno de aquellos doctos á quienes la ciencia y las artes inspiraron el alto sentimiento de la idea católica. En efecto, este ilustre alemán antes de trasladarse á Roma abjuró los errores del protestantismo, y en la capital del mundo cristiano se distinguió, tanto por su mérito literario artístico, como por el alto patrocinio que le concedieron personajes de elevadísima categoría. Fué nombrado presidente de las antigüedades en Roma por los años de 1763, y después bibliotecario del Vaticano. Algunos príncipes alemanes se manifestaron anhelosos, prodigándole promesas y halagos de tenerle en su corte; pero Winckelmann no quiso acceder á sus deseos, y aunque visitó varios países de Alemania, y permaneció algun tiempo en Viena, regresó finalmente á Italia, objeto de sus estudios y su patria adoptiva. Este preclaro varón, feneció en el año de 1768, siendo víctima del brazo alevoso de un hombre infame, que había sabido granjearse su confianza, fingiéndose entusiasta por las bellas artes. Sus principales obras son: *Historia del arte en los pueblos antiguos*.—*Observaciones sobre la historia del arte*.—*Reflexiones sobre la imitación de las obras en la pintura y en la escultura*.—*Una carta sobre las antigüedades de Herculano*. Estos trabajos, que revelan profundidad y vasta erudición, han sido trasladados del idioma alemán al francés y varios otros de las cultas Europa. Notaremos por último, que nos ha dejado también este autor una colección titulada: *Monumentos antiguos inéditos*, escrita en italiano.

Diremos en esta circunstancia, que es una de las mayores glorias de Winckelmann, haber sido sus obras colmadas de elogios por el conde Leopoldo Cicognara, conocido en ambos hemisferios por sus escritos sobre varios argumentos de bellas artes y anticuaria. Sabido es, que este ilustre varón publicó su historia de la escultura para completar los trabajos de Winckelmann.

[Nota del traductor.]

nidad. Es cierto, sin embargo, que tropezó en muchos errores de hecho; que procede poco ordenadamente; que en las descripciones de los monumentos afecta erudición, y que no deja una impresión agradable aquel aire de inspirado que toma de vez en cuando; pero su entusiasmo de lo bello y su elocuencia, que rivaliza con el pensamiento del artista, gustan. También el conde de Caylus [1692-1768], se había dirigido por la misma senda, superando tanto á Winckelmann como artista, cuanto se le muestra inferior en la erudición. Este se desvela en pequeñas obras, al paso que aquel tuvo ocasión de examinar otras grandes. Caylus, que en el arte antiguo no vió mas que el lado de la industria y de la voluptuosidad, da á entender por el modo con que copió los monumentos, que no comprendió su gravedad.

Cristiano Heyne, natural de Sajonia (1729 á 1802), se habría quedado en el taller paterno, si un padrino suyo no hubiese pagado cuatro cuartos todas las semanas á un maestro de latín; otros le auxiliaron después, y finalmente, viviendo siempre en penuria de pan, llegó á ser insigne humanista. Habiendo conseguido ser colocado en clase de escribiente en la biblioteca del generoso ministro Bruhl con cien duros al año, y mas adelante como profesor en Gottinga, comenzó á hacer papel interpretando los autores, no con las acostumbradas minuciosidades filológicas y como mero erudito, sino buscando en ellos la verdadera poesía, el gusto y las bellezas. De aquí aprendió á considerar la mitología como un depósito de símbolos y de tradiciones de pueblos y tiempos diferentes, de cuyo concepto primitivo indagó las alteraciones, de modo que pudieran servirle de suplemento á la historia. Estudió los monumentos con menos fantasía que Winckelmann, pero con mas criterio y mayores conocimientos de los textos, fundándose en nociones positivas y no en brillantes hipótesis; corrigió un crecido número de errores históricos de aquel varón ilustre acerca de la época de las artes, y refutó las razones espuestas respecto del medrar ó declinar de aquellas. Aplicóse también, en cuanto entonces le era permitido, á los monumentos etruscos y aun mejor á los Bizantinos. Sus preciosas ediciones de Tibulo y con especialidad de Virgilio, le colocaron en un puesto preferente: ilustró puntos enmarañados en sus disertaciones leídas en la academia de Gottinga, de cuya universidad supo desterrar el espíritu contencioso y las nuevas sutilezas, asegurando por este medio á aquel establecimiento científico una reputación que le escudó del furor de las armas.

Entretanto faltaba todavía un personaje que abrazase el conjunto entero del arte para revelar el argumento, el tiempo y el mérito de cada obra, siguiendo las vicisitudes del gusto, y leyendo en los monumentos la historia del hombre. Esto fué lo que hizo Ennio Quirino Visconti, romano (1751-1818),

Extraordinario desde su niñez por su prodigiosa memoria, atesoró en breve tiempo conocimientos suficientes para recorrer los siglos tenebrosos de lo pasado con seguridad. Cuando las escavaciones de Herculano y Pompeya incitaban á nuevos descubrimientos á toda Italia, y principalmente á Roma, Clemente XIV pensó en reunir las riquezas arqueológicas, comprando las que encontraba en varias partes esparcidas, y buscando otras nuevas. En esta ocasión fué Visconti el que dió principio al nuevo museo que tomó el nombre del pontífice que lo había promovido, y que después fué llevado á cabo con profusión y magnificencia por Pio VI. El ilustre anticuario de que vamos hablando, hermanó en la *Ilustración del museo Pio-Clementino* la erudición sólida con el arte de exponer con claridad lo que antes rayaba en lo arcano, evitando las pomposas digresiones, y ateniéndose á lo que pertenece en particular á cada obra. Inventó una especie de gerarquía que consiste en colocar en el primer rango los monumentos de las divinidades del cielo, de los mares, de la tierra, y del infierno; en el segundo á los héroes de la historia antigua y romana, á los sabios, á los filósofos, y á los demás doctos, y en el tercero lo que se refiere á la historia natural, á las costumbres y á las artes, colocándolo todo por orden de edad y mérito.

Ilustró mas adelante los sepulcros de los Escipiones desenterrados en el año de 1780, las ruinas de Gabio sacadas á luz por cuidado del príncipe Borghese, y cuanto de nuevo se publicaba, ó permanecía mal interpretado de lo antiguo. Cuando los franceses arrebataron á Italia las riquezas artísticas, Visconti fué nombrado en París conservador del museo, que dispuso segun su método; en aquella capital continuó sus trabajos; emprendió la *Iconografía griega y romana*, y colección de retratos auténticos, que ejecutó por mandato de Napoleón, el cual hizo de ella una edición magnífica, regalándola á las personas que el autor indicó. Especie de generosidad nueva y delicada.

La numismática fué también conducida á su verdadero oficio de auxiliar de la historia. Spanheim, Le Vaillant, Pellerin, Barthelemy, la habían dado ya impulso, cuando José Eckhel, jesuita austriaco, publicó un conjunto de la doctrina numismática (1792-1798), siguiendo y mejorando el orden geográfico de Pellerin; después dispuso segun sus fastos las medallas romanas, discutiendo acerca de ellas con crítica, ingenio y vasta erudición, pero sóbria; así que sus sucesores podrán corregir alguna que otra equivocación y llenar las lagunas, pero con dificultad quitarle la primacía. Domingo Sestini, de Florencia, encargado por el ministro británico Ainslie, de hacer una colección de medallas griegas y romanas, se prendió de esta clase de estudios, y dió á luz la geografía numismática, y después muchas descripciones de museos y monetarios. En su sistema geográfico nu-

mismático, que se compone de catorce volúmenes en folio, y que ha quedado manuscrito, describe todas las medallas conocidas.

En este siglo, tres hechos muy importantes dieron impulso al estudio de las antigüedades: 1.º La expedición á Egipto, concepción atrevida y vasta de Bonaparte [1]; en aquel país se buscó, así la guerra como el incremento de las ciencias. Una comisión recogió y trasportó á Europa, muchos monumentos de aquel suelo misterioso, los cuales dieron margen á discusiones, instigaron á buscar otros monumentos, y llevaron á conjeturar que se alzaria el velo de la Isis misteriosa. La *Stela trilengua* de Roseta, hizo esperar con especialidad el descubrimiento del alfabeto geroglífico; pero los varios sistemas propuestos por Champollion, por Klaproth, por Joung, por Seiffarth, por Phalin y por otros, no dieron hasta ahora los frutos que se esperaban.

2.º Los nuevos descubrimientos hechos en Etruria, originaron la duda sobre si la civilización habia sido anterior en este país ó en Grecia. Con este motivo se estudiaron los muros pelásgicos difundidos por toda la Italia central y baja, y á los cuales se encuentran otros parecidos en el Peloponeso, en el Atica, en la Tesalia, en el Epiro y en el Asia Menor. El descubrimiento de las tumbas y de los vasos etruscos, fué aun de mas trascendencia. Estos últimos subsistieron como una rareza, hasta que en el año de 1827 se encontraron muchos sepulcros esparcidos en varios parajes al Norte de Civitavecchia, en el país donde florecieron Tarquinia, Ceres, Clucio, Bomarzo, los Vulcios y otras ciudades toscanas. Antes de terminar el año de

[1] Cuando un ilustre varon sobrepuja á los demas, un crecidísimo número de necios ó astutos especuladores con ánimo de acreditar sus engaños, usurpan el nombre del que ha llegado á ser para todos un objeto de estupor y veneración. Es esto lo que ha sucedido con respecto á Napoleón, atribuyéndole dichos y hechos, que por su falsedad palmaria provocan la risa ó una justa indignación. Pertenecen á esta categoría dos libros; uno muy conocido en España y otro generalmente ignorado, y casi patrimonio esclusivo de los eruditos. El primero lleva el título de oráculo encontrado en Egipto por Napoleón, libro misterioso, como se advierte en el prefacio, que sirvió de grande auxilio á aquel gran capitán para penetrar los secretos futuros; el segundo es una edición del *Príncipe* de Macchiavello con notas escritas, como se dice en la portada, por el emperador Napoleón.... pero ¡qué notas! Se conoce que el que las escribió era algun periodista de los que redactan artículos de fondo ó de política palpitante con el cigarro en la boca y la pluma en la mano. De esta obra famosa hemos visto tan solo el tomo 1.º, traducido al castellano, y publicado en Cádiz en buen papel y letra bastante regular, de suerte que su lectura divierte y no cansa.

(Nota del traductor).

1828, se habian sacado á luz por obra principalísima de Luciano Bonaparte, príncipe de Canino, mas de tres mil vasos pintados, los cuales puestos en venta, fueron conocidos por el mundo artístico. Entonces las excavaciones no se interrumpieron mas, y dió tesoros no tan solo la Etruria, sino tambien la Sicilia, la Magna Grecia, la Campania, la Apulia y las cercanías de Roma; y despues tambien se encontraron algunos otros en la Alta Italia, en la Grecia, en Panticapeo y hasta en Cirene. En estos vasos, ademas de las bellas y variadísimas formas, eran un objeto de maravilla las pinturas de un estilo propio, algunos argumentos entresacados de la mitología ó de los poetas griegos, y otras sin relacion ninguna con obras clásicas. Se encontraban asimismo en las cámaras sepulcrales ornamentos de oro y de plata de esquisita calidad, toda especie de muebles y tambien estatuas de piedra y de metal.

3.º Pero fué una revolucion mas importante aún la del mundo oriental. Los idiomas de Asia y sus antigüedades, que se cultivaban únicamente por miras religiosas, se limitaban á la esfera de lo que tenia relacion con el hebreo y el árabe; y los papas procuraron siempre que hubiese escuelas de aquellos idiomas en las universidades. Las cuestiones suscitadas por la reforma hicieron aumentar el número de los orientalistas, así fuera de Italia como del clero, y Guillermo Postel publicó en París el año 1538 los alfabetos de las lenguas hebrea, caldaica, siríaca, samaritana, árabe, india [etiopa], griega, georgiana, servia, ilírica, armenia, latina; lo que puede definirse una tentativa para reducir á unidad muchos idiomas, anticipando la filología comparada. En el año de 1565 Conrado Gesner en su *Mithridates* daba conocimiento de ciento treinta entre lenguas y dialectos [1], y la oración dominical, tradu-

(1) Nuestro autor pasa por alto en esta circunstancia una de las glorias principales de Italia. "El eminentísimo Mezzofanti," hombre extraordinario, y tal vez el único que conocia profundamente, y hablaba ciento cincuenta entre lenguas y dialectos. Dotado de una inteligencia fácil, de prodigiosa memoria y de un oído finísimo, desplegó desde niño mucha disposición para el estudio de los idiomas, y finalmente llegó á ser el primer poligloto de ambos hemisferios.

Cuando Napoleón siendo general invadió por primera vez la Italia preguntó á su entrada en Bolonia, cuál era la cosa mas notable de aquella ciudad, á lo que los boloñeses le respondieron: "un hombre" presentándole á Mezzofanti, y mostrándole como un prodigio por el gran número de idiomas que poseia. Napoleón mirándole con asombro le dijo: "Señor abate, (pues no era todavía cardenal) tendria un placer en que habláseis con los oficiales de mi estado mayor, que son hombres de muchas naciones: Mezzofanti aceptó aquel gentil desafío, y habló con cada uno de ellos en su idioma natural. Despues de este notable experimento, que duró mas de una hora, pre-

cida en veintidos idiomas con abundantes cotejos. Se dirigen al mismo objeto la introducción á las lenguas caldaica, siríaca y armenia, de Ambrosio de Lomelino [1539]; el comentario *De ratione communi omnium linguarum ac litterarum* del suizo Bibliander, *El tesoro*, del francés Claudio Duret; la geografía de Samuel Bochart, y los trabajos de David Michaelis, de Gottinga, acerca de la exégesis bíblica. En Amsterdam se publicaban diccionarios javaneses y malayos; y Erpenio dió á luz una gramática árabe, que se tuvo por la mejor en su género hasta la de Sacy.

En Inglaterra se hacian ilustres, ademas de los hebraizantes, Pokoke, traductor de Abulfarax, é Hyde que trató de la religion de los persas. En Italia, Gregorio XIV hizo fundir tipos orientales é imprimir muchas obras en aquellos idiomas; y el colegio de la Propaganda con su aneja biblioteca favoreció tales estudios. El *Edipus aegyptiacus* del jesuita tudesco Kircker, publicado en aquel colegio, fué el primero á fijar la atención en los geroglíficos, que el autor creia haber sido inventados por los sacerdotes, á fin de ocultar sus doctrinas, y que pretendió explicar con charlatanería. Jablonski, su compatriota, continuó aquel trabajo en el *Panteon egipcio* (1750), en el cual, siguiendo la idea del inglés Wilkins, sondea el sistema religioso de Egipto, interpretando con el auxilio del idioma cophto los nombres de las divinidades; mientras que por otra parte De Guignes pretendió explicar los geroglíficos con la ayuda de la lengua china (1755—1809). Jorge Zoega, habiéndose prendado del idioma helénico y de las antigüedades en la escuela de Heyne, trasladándose del Jutland, su tierra natal, á Roma, y habiendo abrazado el catolicismo, coordinó los manuscritos del museo Borgiano, y publicó las medallas egipcias. Pio VI le encargó de ilustrar los obeliscos de Roma, obra que fué desmentida por los descubrimientos sucesivos; pero el autor estudió en esta oportunidad el idioma cophto, y sospechó que un elemento fonético existiera en la lengua sagrada.

Entre tanto los jesuitas habian dado á conocer el idioma chino, trasladando á Europa y traduciendo libros sagrados y alguna que otra obra maestra literaria de aquel imperio; otros profundizaron la lengua india, tanto que pudieron componer el *Ezur Vedam* en

guntó Napoleón á sus oficiales, si quedaban satisfechos con aquella conversacion, y éstos respondieron unánimes, que juzgando cada uno por la parte que le correspondia, no podian menos de confesar todos, que Mezzofanti parecia desde luego no un extranjero versado en varios idiomas, sino un hombre nacido y educado en cada nacion de cuya idioma se servia. Este insigne varon hace pocos años que falleció en Roma, llevando consigo en su decrepitud una de las mayores glorias del siglo pasado.

[Nota del traductor.]

sanscrito, creido original de cien siglos atras por los enciclopedistas; otros, finalmente, se enteraban de las opiniones y de las ciencias de este último país. El padre Giorgi, en el *Alphabetum tibetanum* [1762] dió las primeras informaciones sobre el Asia Central, y la Europa no tuvo ningun otro libro sobre esta materia hasta la gramática de Schröter, publicada en el año de 1826, y la aun mejor de Cosme Körös, dada á luz en 1834. Esteban Borgia vendia hasta alhajas de plata para adquirir rarezas, y con especialidad las enviadas por los misioneros desde países remotos. Formó con ellas un museo en Velletri, é hizo imprimir el sistema *brahmanicum* del Padre Paulino de San Bartolomé, el cual demostró la analogía del sanscrito con el latin, su parentela con el zend y las semejanzas de la mitología brahmínica con las demas. Clemente XI compró un crecidísimo número de manuscritos orientales de Abram Echellense, otros árabes, cophtos y etiopestes de Pedro della Valle, é hizo redactar por José Simon Assemani el catálogo de los manuscritos siríacos y árabes de la biblioteca Vaticana y muchos trabajos de erudición oriental. Adler se aplicó á las antigüedades cúficas, y Munter y Ungarelli á las cophto-menfíticas. Saint-Martin se aplicó principalmente al armenio, y sirvió de auxilio para el buen éxito de la *Historia del Bajo imperio*, escrita por Le-Beau. El padre Mechtar de Sebaste, anheloso de resucitar entre los suyos el fuego de la inteligencia, sofocado despues de la separación de la Iglesia romana, obtuvo del senado veneciano la isla de San Lázaro, en donde fundó la orden de San Antonio Abad (1717) y una imprenta, en la que, así como en otras establecidas ahora en Viena, en Constantinopla, en Esmirna, en Moscou y en otras ciudades rusas, y hasta en Madras, se publicaron libros elementales, científicos y traducciones; y así fué propagándose la literatura armenia, la cual, ademas de darnos noticias de un país bastante conocido, derrama luz tambien sobre otros inmediatos.

Leibnitz habia proclamado ya ideas muy elevadas para la filología, y reconocido que los idiomas eran el mejor subsidio para la historia de los tiempos remotos, á fin de cerciorarnos de la parentela de los pueblos. Los conocimientos positivos fueron aumentados por los cinco sabios, entre los cuales estaba Niebuhr, enviados por Federico V de Dinamarca, á la Arabia y á Egipto para conocer los idiomas, la historia y los monumentos de aquellos países. Pallas dió á luz en 1786 su vocabulario de todas las lenguas del mundo: Hervas, español, publicó en 1800 el catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y Andelung su *Mithridates* por el año de 1804, en Berlin: De Guignes fué el primero á enlazar las vicisitudes europeas con las de las últimas regiones orientales, y á revelar un número de naciones del Asia central apenas mencionadas. Anquetil Duperron, que estuvo en la India cuando los franceses tenian